

ria con el ejemplo de su hermano, probaron, no sin mucho temor al principio, si podrian resbalar como él, pero á pocos dias se acostumbraron, y eran tan valerosas como César; corrian con seguridad, y se llevaban una á otra en un cochecito que resbalando con rapidez por encima del hielo no les costaba trabajo el tirarle ni el gobernarle; las caídas muy frecuentes, pero nunca peligrosas, solo servian para aumentar la alegría, porque caian con facilidad, y se levantaban riendo á carcajadas.

Su madre solia mezclarse en estas diversiones, pues aunque le faltaba su alegría natural, la igualdad de su genio hacia ménos notable la tristeza interior de que estaba dominada; jamas se la veia afligirse, llorar, ni dar muestras exteriores de sentimiento, porque cuando conocia que esté la iba venciendo, se retiraba á su cuarto, de donde salia á poco rato con semblante tranquilo y sereno. Una vez que como otras muchas se habia separado sin decir nada á la familia, viendo Carolina que tardaba la fué á buscar, y no hallándola en su cuarto, la pareció que hablaba en un retrete inmediato, cuya puerta estaba entornada: entra poco á poco, y ve á su madre que arrodillada y llorando decia: ¡ Dios mio! concededme mas valor y resignacion. Al oír esto Carolina arrodillándose y levantando sus manecitas cruzadas al cielo exclamó sollozando: ¡ Oh Dios mio, oíd las oraciones de mamá!... Á esta exclamacion vuelve la cabeza su madre, se levanta extendiendo los brazos á su hija, que se arroja en ellos llorando, y sentándose ambas en un canapé, despues de un corto intervalo de silencio le dijo así su madre: es preciso explicarte lo que has visto. Hace algunos dias que habrás reparado que no estoy tan abatida ni tan triste como cuando llegámos aquí; pero la misma causa subsiste siempre; me veo ausente de tu padre, y tengo los mismos motivos de inquietud, por lo cual he buscado en la religion el consuelo que me era tan preciso, y mi pesar se ha mitigado: siempre que le pido esto á Dios, conozco que cobro ánimo, y renace en mi pecho la esperanza; Dios habla en mi interior, me eleva, me fortifica, y lo espero todo de su divina proteccion. ¡ Oh mamá mia! replicó Carolina abrazándola, permitame Vd. que la acompañe siempre que quiera rogar á Dios por papá, para que yo tambien le pida de todo mi corazon... — Sí, hija mia, y te lo prometo; pero no olvides nunca que sin esta piedad afectuosa y sincera es imposible que seamos felices.

Cada dia que se estaba en Champeery se hacia ménos malo á sus habitantes; los niños no comprendian cómo se podia echar de ménos á Paris; hasta el abate se acostumbró á este modo de vida; su cuarto estaba abrigado, y toda la casa con buen temple; las puertas y las ventanas compuestas: ademas el cura del lugar, tan tratable como virtuoso, jugaba medianamente al ajedrez, y le hacia su partida, con lo cual poco á poco recobró su buen humor. Se convino tambien que para variar las diversiones de las noches, la Baronesa y la Marquesa de Clemira contarían de cuando en cuando alguna historia en la conversacion despues de cenar, esto es, desde las ocho y média hasta las nueve y média, promesa que causó mucha alegría á los niños, y habiendo instado á su madre á que lo pusiese en práctica aquella noche misma, esta satisfizo sus deseos. Se sentaron todos al rededor de la chimenea; los niños se acomodaron junto á su madre, la que fijando la vista y atencion de todos comenzó á contar la historia siguiente:

DELFINA

Ó LA CURACION FELIZ



Delfina, hija única y heredera rica, era de ilustre nacimiento, bonita, y no carecia de talento y buen corazon. Su madre Melita, que era viuda, la amaba tiernamente; pero á causa de su natural flojedad é inconstancia no era capaz de darle buena educacion. No obstante, á los nueve años ya tenia Delfina varios maestros; pero con poco fruto, porque solo tenia aficion al baile: todo lo demas lo emprendia con suma repugnancia, y las mas veces abreviaba las lecciones quejándose de estar cansada, ó de que le dolia la cabeza. « No quiero que se la « violente, solia decir su madre; su complexión es muy delicada, y « se arruinaria si se le hiciese estudiar demasiado. Ademas, añadia, « que es muy regular no le falte un buen casamiento, aun cuando « sus talentos no sean superiores, por lo que no quiero que se la « moleste acerca de esto. »

Á este punto de la narracion de madama de Clemira, César se encogió de hombros, é interrumpiéndola dijo: Seguramente esa señora no tenia mucho juicio. ¿Acaso porque una persona sea rica está exenta de procurar instruirse y ser amable? — Además, siguió madama de Clemira, que aun el hombre ménos escrupuloso, para casarse por solo el motivo de la riqueza, no podrá tener amor ni confianza en su mujer si no ve en ella talentos y virtudes suficientes; y por consiguiente no puede ser feliz una casada si no tiene prendas amables. En una palabra, quiero decir que los bienes que resultan de una buena educacion, de la igualdad y docilidad de genio, de la instruccion y de los talentos hacen amable nuestra sociedad, y nos proporcionan un manantial inagotable de placeres y felicidades; en vez que las personas mal criadas, siempre molestas á todos, experimentan cuantos disgustos producen necesariamente la ignorancia, la ociosidad, los errores del entendimiento y los vicios del corazon. Y esta fué la causa de que Delfina, acariciada, adulada y mimada, era no obstante la niña mas desgraciada de Paris. Cada dia se deterioraba visiblemente su natural bondad, y se echaba á perder su genio; se hizo caprichuda, vana é indócil; la menor repugnancia á sus ideas le era insoportable, y no contentándose con no obedecer, queria mandar; daba sus órdenes en la casa, tratando á los criados con soberbia, era causa de que los riñesen á menudo, y otras veces tenia gusto en hablar con ellos; unas veces desdeñosa, otras familiar; equivocaba la arrogancia con el buen modo de pensar, y la bajeza con la indulgencia y bondad; fastidiada de adulaciones no podia pasarse de ellas; cansada de sus muñecas y juguetes, y al mismo tiempo cuando los que otras tenian, porque carecia igualmente de equidad y moderacion... — ¡Oh qué retrato tan feo! exclamó Pulqueria. — Pero es copia al natural de una niña mal criada, replicó su madre, y muchas á veinte años se le parecen... — ¿Á veinte años?... — Sí, hija mia, porque cuando la crianza desde sus principios ha sido mala, crecen y envejecen con nosotros los vicios de la niñez; veréis algun dia en el mundo muchas de estas personas añiadas, que á pesar del tiempo han conservado todos los vicios de la primera edad, por lo que son unas veces la irrision, y otras la plaga de la sociedad.

Pero volviendo á Delfina, cuanto peor habia sido su educacion, tanto mas era digna de lástima: como no tenia imperio sobre si

misma, unia en si los defectos ménos compatibles; por el mas mínimo motivo se encolerizaba sin causa alguna, y despues se arrepentia de su injusticia y flaqueza; lloraba, conocia sus yerros, pero no tenia valor para emendarlos. Para mayor trabajo era de poca salud, porque siendo antojadiza, solo comia golosinas, y así continuamente estaba con dolor de estómago ó con indigestiones; bien es verdad que á esto contribuia Melita, mandando que la apretasen la cotilla todo lo posible; y Delfina aguantaba sin murmurar el suplicio de estar encotillada, tanto que apenas podia respirar; y esto



por solo la ridícula vanidad de ser citada como la señorita de talle mas delgado y mas bien hecho. Delfina, que toleraba semejante tormento sin quejarse, era no obstante sumamente delicada: raras veces se paseaba á pié, y jamas por tiempo de invierno: igualmente la incomodaban el aire, el sol, el frio y el polvo; y para decirnos de una vez hasta dónde llegaban sus ridiculeces, cuando iba en coche temblaba no se rompiese; y solo con ver una araña ó un raton le daba una congoja.

En vez de irse mejorando su salud conforme iba creciendo, cada dia estaba mas achacosa, y tanto que entrando en cuidado su madre

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

hizo llamar á un médico, el cual dijo que no era cosa de cuidado; pero que era preciso darle cuantas diversiones y gustos apeteciese. Con esto no habia juguetes ni regalos que no le hiciesen, al punto que deseaba cualquier cosa la lograba; su madre la llevaba á los teatros y á los bailes; pero nada era suficiente á desarraigar el tédio y tristeza de que estaba poseida; y como todo cuanto se le antojaba otro tanto conseguia, al cabo del dia solia tener diez ó doce antojos á cual mas extravagantes. Sirva este de ejemplo: un dia de gala que fué á Versalles quiso que Leonardo el peluquero de la reina fuese á peinar á su muñeca; y como le hiciesen ver lo ridiculo de su pretension, se enfureció, hizo pedazos la muñeca, lloró de rabia, y le dió un accidente muy fuerte. Cada dia se aumentaba en ella el mal humor, la cólera y los caprichos, tanto que, con justa causa, era generalmente aborrecida: todo la entristecia y desesperaba, y experimentó que nuestros defectos nos son aun mas dañosos á nosotros que molestos á los que los tienen que sufrir; en conclusion la desgraciada Delfina, insoportable á todo el género humano, se iba extenuando en términos de peligrar su vida. Á esta sazón tenia diez años; varios médicos que se consultaron declararon que su enfermedad era mortal.

Desesperada Melita con tan triste nueva recurrió á un famoso médico aleman, llamado el Doctor Steinhausse: este visitó á la niña, la observó muy despacio, y hecho cargo de su enfermedad dijo que seguramente la curaria, con tal que se la entregasen á su arbitrio. No dudó Melita, viendo el deplorable estado en que estaba, de conceder esto al médico. Pero, señora, añadió el Doctor, si Vd. me la entrega ha de ser con condicion de que he de hacer con ella lo que me parezca, pues si no es con entera y cabal independenciam no me encargo de su cura; es preciso que Vd. consienta que me la lleve á mi casa de campo... — ¿Cómo es eso? ¿á mi hija?... — Sí, señora, porque comienza á sentirse del pecho, y el primer remedio que le aplicaré será hacerla pasar, ocho meses en un establo de bueyes¹... — ¿Pero no pudiera hacerse ese establo en mi casa? — No, señora; y solo me encargaré de su curacion con tal que sea en mi casa, y bajo la direccion de mi mujer. — Pero á lo ménos permitirá Vd. que su aya y una erriada vayan con ella... — Ni eso tam-

¹ Este remedio es muy conocido, y se ha usado de él várias veces con feliz éxito.

poco; y ademas si Vd. me la entrega por ocho meses, es preciso que se determine á no verla en todo este tiempo, porque yo quiero ser dueño absoluto de la niña, y gobernarla por mí solo y sin contradicciones. Esta proposicion desagradó mucho á Melita, y añadió que era imposible tuviese valor para estar separada de su hija tanto tiempo; motejó al Doctor de ridiculo y cruel; pero este, sin darse por sentido de sus quejas, y firme en su resolucion, se fué. Sosegada despues Melita se hizo cargo de que todos los médicos unánimes la habian desahuciado, y solo el Doctor aleman respondia de su vida. Hizo llamarle otra vez á toda priesa, y aunque no sin muchas lágrimas, se determinó á entregarle su hija con las condiciones que exigia. Me es imposible pintaros la rabia y sentimiento de Delfina cuando supo que tenia que ir en un coche mano á mano con madama Steinhausse, mujer del Doctor, la que fué por ella para llevarla á su casa de campo. No quisieron al pronto decirle que



tenia que estar ocho meses fuera de Paris, ni ménos hacer mencion del establo en que habia de vivir; pero á pesar de esta reserva fué su enojo y desesperacion tan grande, que por fuerza la tuvieron que meter en el coche de madama Steinhausse, la que tomándola en brazos, y sentándola sobre sus rodillas, mandó al cochero que marchase al punto.

¡ Pobre Delfina, interrumpió Pulqueria enterneecida, cuánta lástima le tengo! se separa de su madre por ocho meses... — Su sentimiento era natural, pero todo exceso es reprehensible; debemos buscar en la razon y la religion los auxilios para preservarnos de caer en la desesperacion. Y lo que hacia mas culpable á Delfina era

su enojo y desden para con madama Steinhausse, pues añadiendo la insolencia al desprecio, á nada de lo que le preguntaba respondia.

Á las seis de la tarde llegaron á la casa del Doctor Steinhausse, situada en el valle de Montmorency, á cinco leguas de Paris. Figuraos, hijos míos, la indignacion de la imperiosa y vana Delfina cuando la llevaron á la habitacion que le estaba destinada... — ¿Adónde me llevan Vds.? exclamó. ¡Qué porquería!... quita allá!... ¿Á mí en un establo? ¡Qué olor tan malo! Vámonos de aquí... — Señorita, replicó con blandura madama Steinhausse, este olor es muy sano, y á Vd. sobre todo le conviene muchísimo... — ¡Jesus, qué disparate! Vámonos, vuelvo á decir... y llévenme al cuarto en donde he de dormir... — Ya está Vd. en él... — ¿Y aquí he de dormir yo? — ¿Por qué no? aquella es su cama de Vd., y esta la mia... — ¿Quién, yo? ¿Yo dormir aquí en un establo, y en una cama semejante?... — ¿Y qué tiene de malo la cama? ¿No es un buen catre de cinchas? — ¿Vd. se burla sin duda?... — No, señora, le hablo á Vd. muy de véras: este olor, que por desgracia tanto la disgusta, es muy sano y á propósito para la situacion en que se halla, y hará que recobre la salud; esta es la causa por que mi marido ha determinado que pase Vd. en este sitio la mayor parte del tiempo que ha de estar aquí.

Bien hubiera podido la mujer del médico seguir hablando, porque Delfina no estaba en estado de interrumpirla. Sofocada de cólera la infeliz criatura cayó sobre su cama sin poder proferir ni una palabra. En lo amoratado de su cara é hinchazon de garganta conoció madama Steinhausse que se ahogaba, por lo que le quitó el collar y aflojó la cotilla. Cobró Delfina la respiracion, y comenzó á dar tales chillidos que hubieran podido asustar á cualquiera persona de ménos serenidad que madama Steinhausse, la que lo miraba todo y callaba; pero al cabo de un cuarto de hora, viendo que Delfina no se aplacaba, le dijo: Yo, señorita, me he encargado de curar una niña enferma, pero no una loca, y así, buenas noches; volveré cuando este rebato se haya pasado del todo... — ¿Y me deja Vd. sola?... — No por cierto, una de mis criadas se quedará con Vd... — ¿Cómo una criada?... — Sí, una excelente muchacha, muy pacífica, de muy buen genio... Cató... Cató¹. Á la voz de su

¹ Diminutivo de Catalina.

ama Cató viene corriendo; madama Steinhausse sale del establo, y étela á Delfina mano á mano con Cató, robusta y fornida alemana, pero que no entendia ni una palabra del frances.

Luego que Delfina la vió entrar se arrojó á la puerta para escaparse, pero Cató se lo impidió cerrando con llave y guardándose la



en la faltriguera. Irritada Delfina le dijo que queria la llave; no podia Cató responderle, porque no la entendia, ántes bien se echó á reir de la cólera de Delfina, y despues de haber contemplado un instante aquella figurilla tan extravagante y risible, se sentó con mucho sosiego, y sacando su calceta se puso á trabajar. Esta serenidad aumentó la cólera de Delfina: la cara como un ascua, y echando chispas por los ojos, se acercó á la criada y le dijo mil improperios; sorprendida Cató levanta la cabeza, la mira, encoge los hombros, y prosigue su labor. Ciega de cólera la orgullosa Delfina con este desprecio, furiosa y fuera de sí, no encuentra términos suficientes á su rabia. Estaba al lado de la criada, que sentada y atendiendo á su labor no la podia ver. Delfina del todo arrebatada se hace un paso atras, levanta el brazo, y sacude un bofetón bien dado en el grueso y fresco carrillo de Cató.

Este insulto imprevisto alborotó algo á mi alemana, pero, quitán-

dose al instante una liga, agarró á Delfina, y la ató con seguridad las manos á la espalda; por mas que esta gritaba y forcejaba no le valió, y tuvo que estarse con las manos atadas atras sin poder usar de ellas. Entónces comprendió que es necesidad rebelarse contra la fuerza: rabiando en su interior dejó de dar gritos, y sentándose en una silla se puso á esperar con impaciencia que madama Steinhausse volviese, segura de que echaria de casa á la flemática y silenciosa Cató.

Á este punto de su historia llegaba madama de Clemira cuando la Baronesa avisó que eran las nueve y média. Mucho sintieron los niños irse á dormir sin haberse acabado la historia de Delfina, la cual el dia siguiente fué el asunto de sus conversaciones, y por la noche despues de cenar prosiguió su madre en estos términos:

Dejámos á Delfina atadas las manos, sola con Cató, y esperando á madama Steinhausse, que por fin llegó, trayendo de la mano á Enriqueta su hija, la mas amable criatura del mundo, de edad de doce años: luego que Delfina la vió entrar se fué á ella, y enseñándola sus manos atadas se quejó amargamente de lo que llamaba insolencia de Cató; pero nada dijo del bofetón. Volviéndose madama Steinhausse á su criada le preguntó, y esta, dejando admirada á Delfina, que la creia muda, respondió en aleman, disculpándose en dos palabras; entónces madama Steinhausse reprendió á Delfina su exceso. Ya ve Vd., señorita, le dijo, á lo que nos exponen la altivez y violencia: ha abusado Vd. indignamente de la superioridad que su nacimiento le da sobre esta muchacha, y ella se ha visto precisada á faltar al respeto que le debia. Si Vd. quiere que sus inferiores nunca le falten al respeto que le deben, tráelos siempre con dulzura y humanidad. Diciendo esto madama Steinhausse desataba las manos de Delfina, que la estaba escuchando sorprendida de oír un lenguaje tan nuevo. Y mas avergonzada que corregida con esta sábia lección, no obstante conoció lo justa que era; pero llena de impresiones de adulacion y lisonja, no estaba aun en estado de gustar y amar la razon y la verdad. Madama Steinhausse presentó su hija á Delfina, la que le hizo un cumplido muy frio; de allí á poco cenaron, y á las diez de la noche Cató desnudó á la triste Delfina, y le ayudó á acostarse en su catre; como Delfina estaba muy cansada se convenció de que era posible dormir perfectamente en mala cama y en un estable.

Á la mañana siguiente luego que Delfina despertó, fué el Doctor á verla y le mandó que fuese á pasearse hora y média ántes de almorzar. Este precepto le desagradó mucho; se hizo la remolona; pero al fin tuvo que obedecer. La condujeron á una hermosa y espaciosa huerta, y no obstante que el tiempo era el mejor del año (siendo por fines de Abril), Delfina se quejó del frio, del aire, y aseguró que tenia un pié malo; todo el tiempo que duró el paseo estuvo llorando, pero al fin se paseó. Volviéronla otra vez á su establo muerta de hambre, y almorzó con apetito, cosa que en mas de un año no habia logrado. Despues del almuerzo abrió la caja en que tenia sus joyas, persuadida de que haciendo ostentacion de sus riquezas delante de madama Steinhausse y de Enriqueta le tendrian mucho mas respeto y estimacion.

Con este pensamiento saca llena de vanidad un hermoso collar de perlas finas, y se le ata al cuello: se pone unos pendientes de esmeraldas, y acomoda en el peinado una estrella y una mariposa de brillantes. Despues de esto se fué á sentar muy séria enfrente de Enriqueta, que estaba bordando junto á su madre. Al movimiento que hizo Delfina acercándose á ella, levantó Enriqueta la vista, la miró con indiferencia, y al punto mismo continuó bordando. Admirada Delfina del poco efecto que producía su adorno, y empeñada en fijar la atencion de Enriqueta, le ofreció una pastilla, presentándole una caja magnífica de cristal de roca, con cerco guarnecido de brillantes. Tomó Enriqueta una, pero sin hacer caso de la caja. Entónces le preguntó Delfina qué le parecia su caja. Me parece, dijo Enriqueta, que debe ser muy pesada; una de paja sería mucho mas cómoda... — ¿De paja?... — Seguramente; como la mia por ejemplo: vea Vd. qué pulida es... — Pero sabe Vd. el precio de la mia... — ¿Qué importa el precio cuando se trata de la comodidad? — ¿Y la hermosura del trabajo? — Es cierto que la de Vd. es mas hermosa: adornaria mucho mas una joyería; pero para la faltriquera la mia es mucho mejor. — ¿Con que Vd. no hace caso de lo hermoso en las cosas? — Cuando esto las hace engorrosas é incómodas, no. — ¿No gusta Vd. de diamantes?... — Me parece que cuando somos jóvenes nos está mucho mejor una guirnalda de flores que una piocha de brillantes. — Y cuando la juventud se ha pasado, añadió su madre, ningun adorno puede disimular esta falta. Al oír esto Delfina se quedó muy pensativa; experimentaba

cierta tristeza que jamas habia tenido; no obstante, no atreviéndose á manifestar su despecho, porque el respeto que le causaba madama Steinhausse era bastante para obligarla á reprimirse, tomó el partido de callar. Al cabo de algunos minutos madama Steinhausse dirigiéndose á Delfina, le dijo : Ya que á Vd. le gustan tanto las cajas, le he de enseñar algunas muy bonitas. — ¡ Ah! sí, dijo Enriqueta, mamá las tiene primorosas, y entre otras tiene algunas dandritas... — ¿ Qué son dandritas? interrumpió Delfina. — Se da este nombre, replicó Enriqueta, á ciertas piedras que por casualidad y juego de la naturaleza tienen impresa la efígie de algun animal ó planta. Calló Enriqueta despues de esta corta explicacion, y Delfina se volvió á quedar triste y pensativa. Entónces fué la primera vez que hizo reflexiones en su vida.

Enriqueta, decia entre sí misma, no es mas que la hija de un médico : ella no tiene diamantes ni joyas; no la veo jugar con muñecas; siempre está ocupada y trabajando sin cesar : ¿ pues en qué consiste que está tan alegre y contenta? ¿ Por qué parece feliz, y yo desde que vivo estoy melancólica y triste?... Estas reflexiones que Delfina hacia eran causa de que suspirase á cada instante; pero aunque estaba muy triste, no tanto como en Paris. La conversacion de madama Steinhausse y de Enriqueta la interesaba y excitaba su curiosidad. No podia ménos de venerar la primera, y sentia ya en su interior una inclinacion conocida á su hija.

Por la tarde se le antojó pedir sus muñecas y juguetes. Madama Steinhausse le dijo que se habian quedado olvidados en Paris; pero que dentro de tres ó cuatro dias se los traerian. No obstante el respeto que tenia á madama Steinhausse, iba Delfina á manifestar su disgusto, cuando Enriqueta le propuso, que si gustaba iria á buscar con que divertirla aquella tarde : en efecto salió del establo, y de allí á poco volvió con Cató, que traia dos libros : el uno contenia la coleccion de estampas de todos los trajes tureos, y el otro la de los trajes rusos. Enriqueta enseñaba las estampas con tanta gracia, y las explicaba tan bien, que en efecto Delfina estuvo muy divertida. Antes de acostarse abrazó á madama Steinhausse y á su hija, diciendo á esta : Espero que mañana me enseñará Vd. otras cosas.

Aquella noche se acostó sin mal humor, y durmió perfectamente; al despertar llamó á Enriqueta; esta vino corriendo, y viendo que Delfina la esperaba con los brazos abiertos, saltó con ligereza sobre

su cama y se abrazó á ella. Se vistió Delfina corriendo, y no se hizo de rogar para ir á paseo. Agarró á Enriqueta de la mano y salió alegremente del establo. Llegadas que fueron á la huerta, viendo correr á Enriqueta, y admirada de su gracia y ligereza, le entraron ganas de imitarla. De allí á poco atisbó Enriqueta una hermosa mariposa de color de rosa y negra, y propuso á su compañera que probasen á cogerla. Al punto comienzan la batida : las dos niñas se separan : Enriqueta como la mas ágil toma la delantera, y se encarga de cortar el paso á la mariposa en caso que Delfina la deje escapar. En efecto, acercándose esta demasiado apriesa del arbusto en que se habia parado, se escapó la mariposa. La persiguen vivamente; y al fin despues de mil vueltas y revueltas se pára en un rosal. Esta vez ya se arrima Delfina con mas cuidado : los brazos extendidos, la cabeza inclinada, adelanta poco á poco un pié y despues otro... Ya por fin toca casi al rosal : palpitándola el corazon y deteniendo el aliento por no menear las hojas, extiende temblando su mano, y cree que va á pillarla; pero ¡ qué desgracia! La mariposa



se escapa de entre los dedos de Delfina, dejando en ellos los despojos de su fuga.

Suspira Delfina al ver en su mano parte del polvillo que daba el colorido á las alitas de la mariposa. Cansada, pero no desanimada,

quiere seguir persiguiéndola. Huyendo la mariposa de una parte á otra, insensiblemente las hace ir hasta una zanja que separaba el jardin de un campo; pasa la mariposa á él. Enriqueta salva al instante la zanja; Delfina, que no sabe saltar, no puede imitarla, y en tanto que se aflige, Enriqueta alcanza la mariposa; Delfina la oye gritar *victoria*, y la ve venir con la mariposa entre los dedos, que en vano se agita y forceja para escaparse...

¡ Oh qué caza tan bonita! exclamó Pulqueria; ¡ qué ganas tengo de que venga la primavera para hacer lo mismó!... — Segun eso, dijo la Baronesa, ya quisieras que hubiera pasado el invierno... — ¡ Ah! sí, señora; veríamos mariposas de color de rosa... — Pero entónces no podréis escurriros sobre el hielo, andar con los cochecitos, ni hacer casas de nieve, etc... — Verdad es, y me será muy sensible carecer de estas diversiones. — No las echaréis ménos despues que las hayáis disfrutado toda la estacion que las ofrece. Las cosas están arregladas como debe ser; si todo el año se viese el campo verde, lleno de flores y de mariposas de color de rosa, estos objetos nos serian indiferentes por su continuacion. Acordaos, hijos míos, que para ser dichosos es necesario estimar mas los bienes que se poseen que los que se esperan. Reprimid, pues, vuestra impaciencia, y poned límites á vuestros deseos, porque si carecéis de moderacion, nunca disfrutaréis con gusto de nada. El impaciente deseo de ver llegar la primavera os haria parecer el invierno áspero y riguroso: pensando en las producciones del otoño hallaréis insipidas las del verano, y así ninguna estacion os será agradable. Con esta disparatada disposicion del ánimo, no se pueden apreciar ni las diversiones sobre el hielo en el invierno, ni las cacerías de mariposas en el verano... — Ya he comprendido, abuelita mia, lo que Vd. dice, y prometo en adelante esperar las primaveras sin impaciencia.

Mamá, dijo César; algunas veces he visto mariposas en el jardin que mi tio tiene en Neuilly, y no podia cogerlas, porque nunca vuelan en derecha... — En efecto, replicó madama de Clemira, tienen un modo de volar extraordinario; siempre van de arriba abajo, y de derecha á izquierda, por causa de que sus alas no baten el aire sino una despues de otra, y puede ser que sea con fuerza alternativamente desigual. Este modo de volar les es muy ventajoso en cuanto las liberta de los pájaros que las persiguen, porque volando estos

en línea recta es consiguiente que el vuelo de las mariposas esté casi siempre fuera de esta línea. — ¿ En dónde, dijo Carolina, se hallan las mariposas mas hónitas? — No es en Europa, replicó madama de Clemira; las mariposas de la China, pero sobre todo las de América, y en esta las del rio de las Amazonas son las mas notables por su tamaño, vivo resplandor de sus colores y pulidez de sus formas. Los Chinos envían al palacio del emperador las mas hermosas mariposas que se encuentran, que sirven para el adorno del palacio. Usan para cogerlas de una pequeña red de seda. Dicen que hay chinas bastante prolijas para estudiar la vida de esta clase de insectos: cogen las orugas cuando han llegado al término de hilar: encierran muchas juntas en una caja, en que ponen atravesados palitos pequeños, y cuando las oyen sacudir las alas, las sueltan en un espacioso *escaparate* de cristales lleno de flores. Al oír esto los tres niños pidieron á una voz permiso para imitar á las damas chinas estudiando la vida de las mariposas, haciendo redécitas de seda, y fabricando escaparates pequeñitos, etc. Su madre se obligó á proporcionarles este gusto, esto es, á suministrarles los materiales necesarios, pero con condicion de que ellos solos los habian de emplear, y que solo se les ayudaria con advertencias y consejos; convenio que aceptaron los niños con sumo gusto.

Y rogando con instancia á su madre que prosiguiese la historia de Delfina, lo hizo de este modo: Dejamos á Enriqueta y Delfina en el jardin. Cerca de las nueve, madama Steinhausse dió licencia á las dos amigas para ir á almorzar al cuarto de Enriqueta. En este solo vió Delfina objetos que le eran absolutamente nuevos, como flores secas tapadas con vasos, conchas y mariposas, que formaban los dibujos mas preciosos; Enriqueta satisfacía á sus preguntas con su acostumbrada complacencia: le enseñó todo muy por menor, y le dijo que las conchas se dividian en tres clases, y que estas tres clases formaban en todo veinte y siete especies, en las que estaban comprendidas todas las diferentes conchas conocidas. Escuchaba Delfina á Enriqueta con tanta curiosidad como admiracion, y le decia: ¡ cuántas cosas sabe Vd. ! Yo, replicó Enriqueta, no sé aun nada, solo tengo algunas nociones confusas y superficiales, pero tengo vivos deseos de instruirme, y mucha pasion á la lectura... — ¡ Pasion á los libros! esto sí que es cosa rara... — ¿ Cómo cosa rara? Yo creo que este es un gusto muy general... — Pues yo no estaba